

La mirada y la voz en un caso de psicosis.

Almira, María Belén.

Cita:

Almira, María Belén (2014). *La mirada y la voz en un caso de psicosis. Jornadas Jacques Lacan y la Psicopatología. Psicopatología Cátedra II - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/jornadas.psicopatologia.30.aniversario/3>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ehOw/gR2>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La mirada y la voz en un caso de psicosis

A continuación presentaré un caso de un paciente de 50 años cuyo motivo de consulta se ubica en la dificultad para relacionarse con la gente; un detalle es recortado: todos los lunes toma un Rivotril para comenzar bien la semana.

La operación

M en la primera entrevista confiesa un problema: surgieron dificultades para ganar un juicio y esto está demorando su operación de nariz. Él ya ha tenido la entrevista con un cirujano plástico que le prometió que podrá solucionar su problema: “tener una nariz muy chica”. Para esto necesita el dinero del juicio.

No es la primera vez que se somete a una intervención quirúrgica. A los 25 años se operó por primera vez la nariz porque le parecía muy grande. Luego le quedó muy chica y realizó dos operaciones más para agrandarla, pero no logró que le quedara bien. La última cirugía la realizó en el 2007: se operó los párpados y para esto pidió que no le pusieran anestesia.

Encuentra en su futura operación la solución para su “baja autoestima” y lograr que “la gente no lo mire”.

No lo vi

Le pregunto cuándo comenzó a sentirse incómodo con su nariz y M relata un episodio de los 16 años: Estaba en una galería, pasó por al lado de un grupo de chicas que se reían y una de ellas hizo un gesto tocándose la nariz; “se referían a mí”, afirma. Cabe destacar, sin embargo, que su primera operación fue a los 25.

Siempre le gustó la electrónica, oficio al que se dedica hasta el día de hoy. Hace 20 años que trabaja en el mismo negocio reparando aparatos electrónicos; si bien el trabajo le gusta, refiere sentirse incómodo con la presencia de la gente. Con sus compañeros habla muy poco pero su presencia no lo perturba tanto como la de los clientes.

En la 3ª entrevista, M llega más temprano al horario de su sesión. Estaba en la sala de espera pero yo no lo había visto. Cuando ingresa al consultorio, decido comunicarle esto, a lo que responde: “Debe haber sido por estar sentado bajo la luz”. En la sesión siguiente afirma haber encontrado una forma para que la gente del trabajo y los clientes lo vean menos: poniéndose una lámpara delante. Esto le permite estar más tranquilo en el local. A partir de ese día comienza a sentarse siempre en el mismo lugar en la sala de espera, bajo la luz.

En las entrevistas siguientes simulo no verlo a primera vista.

Hablar

M tiene un hermano y una hermana; él es el menor. Su madre murió a los 16 y su padre a los 36. Confiesa que se ha alejado del resto de sus familiares debido a que se sentía incómodo, y con su hermano, debido a que éste se había enojado por sus constantes operaciones. Sólo mantiene contacto con su hermana, por teléfono, quien lo mantiene al tanto del juicio. Si bien ella ha ido a visitarlo, él se escondió para no atenderla: “Me escondí porque no quería que me viera así... Yo antes no era así... No sé qué me pasó”. Al decirme que le hacía bien hablar con su hermana insisto en que siga en contacto con ella por teléfono.

M también perdió contacto con sus amigos; sólo mantiene uno de su adolescencia. Con él se siente tranquilo para hablar pero se da cuenta que no puede confesarle “ciertas locuras” porque lo trataría de loco. Encuentra en el espacio de las sesiones la posibilidad de hacerlo.

Construyendo el desencadenamiento

Si bien M había mencionado de entrada el episodio de la galería, a lo largo de las entrevistas agrega nuevos datos que complicaban precisar el desencadenamiento.

M repitió dos veces primer año y decidió dejar el colegio. A los 16 años se produce la escena de la galería y la muerte de su madre, motivo por el cual quedó viviendo con su padre.

Hasta los 22 años se relacionaba con sus amigos, familiares y compañeros de trabajo sin dificultad. Las mujeres lo miraban pero él creía que era porque era “buen mozo” y si bien los amigos de la adolescencia y la conscripción le decían narigón, él nunca encontró dificultad con esto. “En la conscripción todos cargábamos a todos...mi sobrenombre sifón, por ser narigón, me causaba gracia”.

Tenía 22 años cuando se encontraba en la casa de la madre de un amigo y comenzó a escuchar ruidos extraños que provenían del vecino. Esto lo llenó de ira. Al día siguiente se encontraba en un colectivo y escuchó a chicos diciendo “cara para atrás”; “Sin duda se referían a mí por tener una nariz grande”. No les pudo decir nada, pero se llenó de ira y recién ahí comprendió esa escena de la galería: Las chicas se reían de su nariz.

A partir de ese momento él comprendió que su problema se encontraba allí, iniciando su primera operación a los 25 años. Luego de ésta decidió irse a vivir un tiempo a Brasil y, cuando volvió, tomó pastillas de su padre. “La relación con él fue normal. Murió cuando yo tenía 34 años, pero no sentí nada”.

La mirada

No entiende por qué de repente, a partir de los 22 años, la gente lo comenzó a “discriminar” por verlo diferente; por qué lo empezaron a observar demasiado y llama aún tanto la atención. Al salir a la calle siente que sale a la guerra; no soporta quedarse pensando en las risas y miradas de los otros. Cuando se ríen de su nariz, no logra quitarse esa imagen de la cabeza y se llena de ira: “no les digo nada pero me quedo todo el día pensando en eso; pido a Dios que los perdone y me dé fuerza para que yo haga la mismo”. M se hizo evangelista hace 10 años.

“No sé qué me pasó. Antes tenía una autoestima alta y me sentía cómodo con la gente... No logro encontrar la forma de pasar desapercibido. Antes porque tenía una nariz muy grande, ahora porque la tengo muy chica”, afirma.

M se siente cómodo en la sala de espera, por la luz; también en el consultorio, sin precisar por qué.

Él tiene dos espejos: uno para trabajar y otro en el que se observa. “Desde chico me buscaba a mi mismo en el espejo... Ahora no veo tantos defectos para llamar tanto la atención. Tal vez en algún momento podría operarme para rellenarme los pómulos, y así rellenar mi cara, para disimular la nariz y pasar desapercibido“. En su cuerpo encuentra otra anomalía: “Tengo pechos muy grandes, como de mujer. Pero eso no me preocupa...si quisiera es operable, pero no se ven porque yo me los puedo tapar usando camisa. Además vi a hombres gordos que los tienen igual”.

Un trabajo

A M lo que le gusta de su trabajo es reparar problemas: “Me gusta probar una forma, otra, hasta encontrar la solución para que las cosas funcionen”. Le sugiero que el trabajo en las sesiones se trate de lo mismo: intentar buscar soluciones para reducir la mirada de los otros, tal como lo había hecho con la luz.

Parches

A lo largo de las entrevistas M comienza a desplegar ciertos recursos a los que llama “Parches”. Los ha tenido que empezar a usar a partir de los 22 años.

Su dificultad para esperar en la sala de espera la había resuelto, pero no así la forma de llegar a sesión, confiesa. En una época dice que usaba anteojos, gorro, o walkman para estar en la calle; “Esos mecanismos ya no me resultan porque me siento más ridículo y llamo más la atención”. Encuentra la bicicleta como una solución: no tiene que cargar nafta, que eso implicaría encontrarse con gente, y le permite ir rápido para alivianar las

miradas. Además le permite mantenerse en forma, cosa que le preocupa. “Me importa la estética, hace 20 años que tengo un menú fijo de todas las comidas de cada semana; no lo cuento porque alguno podría decir que es una locura, pero a mí me simplifica. Es un tema menos para pensar y me sirve para estar siempre en el mismo peso”.

Llega a una sesión y me cuenta que se encuentra sorprendido. Habló con su hermana y ella le dijo que no cobrarían el juicio aún, y esto no le trajo preocupación. “Tengo varias operaciones para hacerme: tengo poco pómulos, boca chica y mi nariz es un desastre, pero no tomé la noticia a la tremenda. Mientras, puedo esperar”.

Sí surge una nueva preocupación: en unos meses el negocio en el que trabaja se mudará a una calle más transitada.

Inventar nuevos parches

En las sesiones comienza a pensar en “nuevos parches”.

Para huir de las miradas sale a caminar a las tres de la mañana y durante el día se maneja en bicicleta. Cuando esto no es suficiente canta además canciones de un cantante ciego y, su preferida, “Resistiré”. “Esa canción me da fuerzas y las de Palito me alegran”, afirma.

Consulta además a un homeópata que le da unos yuyos y continúa tomando el rivotril todos los lunes. “Soy como una máquina, los lunes me cuesta mucho arrancar, pero una vez que empiezo cada día me cuesta menos; por eso nunca me tomo vacaciones y los feriados arreglo electrodomésticos en mi casa”.

En otra sesión nombra el orar como un antiguo parche que aún le sirve para intentar perdonar a aquellos que lo discriminan por su nariz, sobre todo cuando son grupos de jóvenes. Decido en esa oportunidad remarcarle la importancia de estar encontrando parches que funcionen. Para resaltar su valor, le propongo escribirlos, recopilando así

los que le funcionaban hasta el momento. M los enumera uno por uno. Le aclaro que podemos ir agregando los nuevos a medida de que los vaya encontrando.

Agrega que los recuerdos y los sueños lo inflan de alegría. “Parecen tan reales. Ahí yo me animo a observar y puedo dialogar con otras personas, en la realidad no...mirar me genera una sensación de paz...súmelos a la lista de parches!”, exclama, intervengo: “Usted es un especialista en parches”, a lo que responde con una sonrisa “una vida emparchada”.

Parches en el bolsillo

Actualmente logró mantener su trabajo a pesar de que el negocio se haya trasladado a una calle muy concurrida. Esto lo alegra ya que siente que pudo “afrentar un cambio”; cosa que siempre le resultó dificultosa. Durante la mudanza diurna decidió ir acompañado de sus compañeros. “Busco cómplices y eso hace que los grupos de chicos no me digan nada y bajen la mirada. Me sostengo del otro cuando estoy en la calle y eso es algo que le pasa a muchos...Pude hacer este cambio. Siempre prefiero imaginarme lo peor para ser precavido...llevo parches en el bolsillo! Pero eso es un gran desgaste”.

María Belén Almira